

**RELATO I**

# Perder a tu media naranja



**EDITADO POR**

ERICK S. GONZÁLEZ

POL SNAPE

GABRIEL RAMÍREZ

**ILUSTRADO POR**

LUIS EDUARDO CUBIDES / @ARTARTE.MGTA



Cuando me separé de ella todo estaba dando vueltas. Entramos a ese lugar con la promesa de salir renovados. Nos prometieron una limpieza profunda, un baño de espuma, masajes y unos 30 minutos en el sauna.

“Un día de spa para dos, amor”, me dijo ella. “Vamos, lo necesitamos. Ya de por sí, nuestro trabajo es terriblemente agotador. Tenemos que descansar. Salir de la rutina. ¿No estás cansado de siempre hacer lo mismo? Vivimos para trabajar; pero, ¿cuándo nos dedicamos el uno al otro? Estoy cansada. Siempre terminamos magullados, arrugados y sudados. Es hora de cuidarnos a nosotros mismos.”

Accedí, porque quería verla feliz y tranquila; no porque entendiera realmente su sentimiento. Para mí, en la relación todo estaba como debía estar. Ese día, entramos juntos a lo que sería el paraíso en pareja y, ahora, estoy solo, sin saber qué más hacer para encontrarla. Esto es el infierno.

La conocí, ¡wow! Ya no recuerdo ni cómo la conocí. Es que para mí pareciera que estamos juntos desde siempre. Estábamos jóvenes, eso sí. Sin muchas preguntas nos emparejamos. Quizás hubo un poco de presión social, porque uno siempre tiene que estar con alguien. No hay sentido en la vida si no estás en pareja, ¿no? Por eso, cuando miro atrás, solo la veo a ella a mi lado y eso bastaba para mí.

Era tan divino voltear y saber que estaba allí. Tan cerca de mí, con su suave piel de algodón. Me gustaba de ella, exactamente eso, que desde lejos parecía ser muy dura, con sus fibras muy juntas y preparadas para aguantar la vida; de cerca, al tacto, podía deslizarme en ella, sin fricciones que frenaran mi caída libre al placer. Un tobogán de nubes

sedosas, que se estiran según la ocasión para cubrir la superficie. ¡Cuánta flexibilidad tenía ella, Dios santo! ¿Y su olor a lavanda? Podía identificarla a cientos de kilómetros, solo por esa estela que dejaba al pasar.

¿Dónde estarás mi media naranja? ¿Dónde? Para mí, el mundo es ella. Siempre supo qué decirme cuando terminaba una jornada laboral y me sentía estrangulado. Y es que, andar con ella, es tener un alma gemela que me mira por lo que soy, que me escoge a mí entre los millones de seres que existen. Dormíamos juntos, tan pegados a nuestros cuerpos que casi no se sabía quién es quién en ese momento, como las serpientes cuando se aparean. Nos volvíamos uno, cada vez que nos acostábamos.

¡Ah! ¡La extraño! Extraño su tez naranja, mármol color ocaso! Mirarla es mirarme también. En este mundo, las medias no podemos estar sin su par. Es inaceptable. Perdemos el sentido de vivir. Somos, porque somos dos. Si nos perdemos, somos desecho. Yo lo sé, me lo han dicho y lo he visto. Por eso la necesito. No puedo estar solo y enfrentar la ruina. Ella me complementaba, a tal punto que sentía cómo perdía mi propósito si no la tenía al lado. Este amor, no podía vivirlo sin dárselo a ella. Me consumía sino lo drenaba en un abrazo de nudo. ¡Necesito a mi media naranja!



De niños, a nosotras, nos cuentan la leyenda de que existe un universo diferente lleno de las medias que se pierden. Están las socks del norte del mundo; también los calcetines mexicanos. Ahí están los pequeños esarpines también. Las medias tobilleras, las medias altas, las medias escolares. Incluso, las de deditos. Yo nunca logré entender, por qué terminan algunas en ese lugar interdimensional. ¿Se portaron mal?, ¿se quedan solas para siempre? La única media que sé que nace sola es la de Navidad, pero el resto ¿huye? ¡No, cómo sería eso posible! ¿Huir de qué? ¿Quién desea vivir en soledad?

Es nuestro destino ancestral estar en pareja. Tenemos antepasados desde la antigua Grecia -aunque no lucían como nosotras, las del siglo XXI-. Evolucionamos desde esa era, cuando nos llamaban "piloí" y solo éramos unas marañas de pelos de animal. Luego, los romanos nos creaban con cuero y luego nos mejoraron: usaron tela por primera vez y nos etiquetaron como "udones". Ya en el siglo V d.C. algunas personas usaban unas parientas de nosotras, llamadas "putteess". Se creían

mucho esas, porque solo las usaban quienes se consideraban "santos" en Europa, porque dizque identificaban a la pureza. Pero, epa, no fue la única vez que fuimos consideradas un privilegio del mundo: hacia el año 1000, las medias nos convertimos en un símbolo de riqueza entre la nobleza europea, porque éramos caras.

Nuestra evolución estuvo marcada por la vanidad. El primer fósil de nuestra especie, era bien feo. Parecía hecho para marcianos; aunque siempre me he sentido orgulloso de que ese antepasado fuese anaranjado, como yo (como ella). Lo encontraron en el Nilo y estaban diseñados para usarse con sandalias, por eso era didáctil. Aunque en principio nos crearon para proteger los pies y abrigarlos (los dos, el par, no uno solo, ambos); a lo largo de la historia nos fueron ajustando a las necesidades de belleza, nos cambiaron los materiales para hacer los filamentos, nos cambiaron la forma de organizar nuestra piel y también los colores; nos cambiaron el tamaño: solo para la planta del pie, hasta el tobillo, para cubrir la pantorrilla, hasta la rodilla, hay algunas esbeltas y sensuales que son tan largas para alcanzar los muslos y por supuesto, las pantimedias para señoras de oficina y niñitas que hacen Primera Comunión. ¿Cuál es el patrón del creador? Hacernos diversas para la ocasión. Ahora hay incluso algunas blasfemas que han osado ser pareja, pero de distintos colores. ¡Qué es eso! ¿Cómo es eso posible? Me parece una afrenta a nuestro linaje. ¿Una media con rayas azules y otra con rayas escarlatas?, solo por decir lo mínimo del paganismo ¡Infamia!

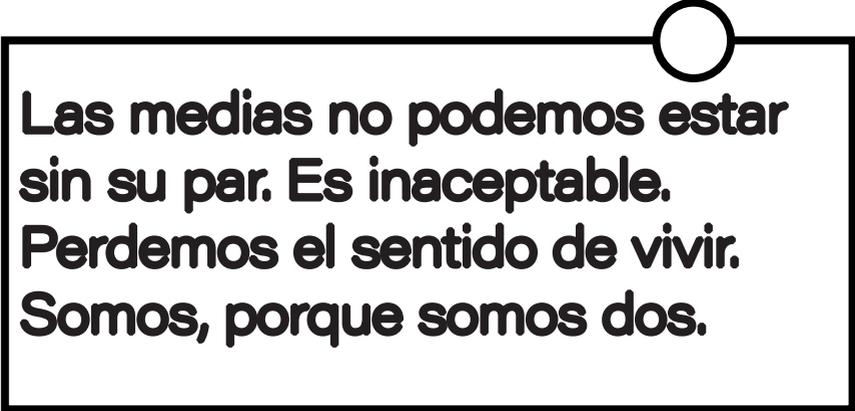
Por eso, mi media naranja para mí es todo. Ella sabe la importancia que tiene el estar emparejada con alguien que es exactamente igual que tú. Guarda el dogma de nuestros antepasados en su seno, para transmitirlo a otras generaciones. Entiende la virtud de la monogamia, su naturalidad. El orden de nuestro universo es la dualidad. Ella, como yo, somos anaranjadas exactamente iguales en cada hebra. Encajamos, combinamos, encuadramos, engranamos. Bueno, encajábamos, combinábamos, encuadrábamos, engranábamos. Qué horrible este pretérito imperfecto. Imperfecto como mi vida presente. Sin ella.



Como dije, entramos juntos al spa, a esa bendita lavadora destructora de parejas. Cuando sonó el timbre, que avisa a todos los clientes que empezará "el paraíso", ella estaba a mi lado. No parecía nerviosa, aunque era la primera vez que entrábamos a ese sitio. Éramos medias

tradicionales, de las que se lavan a mano. Por eso nuestros cuerpos permanecían intactos, iguales a cuando nos sacaron de la bolsa original. Alrededor, teníamos otras medias. Ese día, muchas parejas compraron el paquete especial de lavado.

El chirrido inicial no solo activaba el aparato, también había activado en ella una sonrisa que se amplió con el primer chorro de agua que cayó en su piel. Estaba radiante. Echó la punta redondeada de su cuerpo hacia atrás para que el jabón con micro partículas encapsuladas le exfoliaran el cuello y siguieran su camino hasta la comisura de sus pies. ¿O era al revés? Es que, con nosotras las medias, el principio y el final se confunden según la posición en la que estamos. Sus curvas perfectas, mojadas, brillosas, enjabonadas, no me permitían apartar mis ojos de ella. Solo la contemplaba.

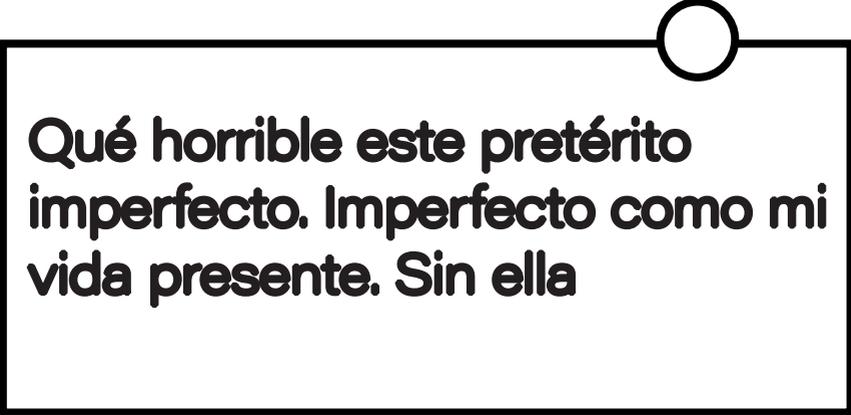


**Las medias no podemos estar  
sin su par. Es inaceptable.  
Perdemos el sentido de vivir.  
Somos, porque somos dos.**

No entiendo qué le ven a la terapia de lavandería. Al terminar la primera fase, ella ya se veía extasiada. Fuera de sí. Pero yo estaba aturdido. No me gustaba sentir a otros cuerpos, distintos al de ella, pegados al mío. Esa sensación de vacío que da navegar entre la espuma, mucho menos. El "chacachá" de la máquina era como estar en una autopista en hora pico: aturdidor. ¿Y el masaje?, nunca lo sentí. No es particular como en el lavado a mano; es decir, no hacía presión en las partes que deseaba. No era una experiencia "única", la verdad. Me sentí más del montón.

Lo único que pude disfrutar fue la felicidad de ella. Se le notaba que ella sí se deleitaba en toda aquella parafernalia moderna del vaivén del agua golpeándole la cara y las burbujas que se le metían entre sus hilos. Está bien, debo admitir que también disfruté la segunda fase del spa: el ciclo de enjuague. Nos prometieron usar el producto con el más alto porcentaje de hidratación. "Quedarán tan esponjosos como

cuando los sacaron de la fábrica”, dijeron. Es verdad, la sensación en la piel de ese líquido espeso fue sublime. Con el primer roce ya sabía que quedaríamos humectados por una semana entera, mínimo.



## **Qué horrible este pretérito imperfecto. Imperfecto como mi vida presente. Sin ella**

Hasta allí todo era tolerable. Hasta allí la pude ver y eso me daba paz. Pero en el ciclo de centrifugado el malestar se hizo insoportable. Si antes creía que había ruido, en esta parte lo que había era estruendo. Era imposible no sentir que el sonido incluso te aplastaba contra las paredes. Era un estrépito avasallante. Tuve que cerrar los ojos, porque aparecieron las náuseas entre tantas vueltas. Absorto en la negrura que produjo el fruncir los párpados con tanta fuerza y atrapado por la presión que me estampaba a las paredes, mi refugio fueron los recuerdos de ella. El primer beso, la primera caminata juntos, el primer y único cliente que tuvimos, las noches acurrucados, las cosquillas que le hacía cuando en el trabajo las cosas se ponían duras. “¡Qué linda vida tengo!”, pensaba en esos momentos.

El movimiento circular cesó. Otro timbre marcó la pauta final. Pude abrir los ojos, ver que no era el único aplastado e incómodo con la experiencia. Algunas medias se frotaban la cabeza y otras recuperaban el habla. Entre susurros escuché un par de “¿estás bien, mi amor?” y “estuvo rudo, ¿no?”. “En definitiva, dejaré un gran comentario negativo en el review”, me dije en tono de venganza.

Busqué con la mirada a mi media naranja y no la encontraba. Quería saber si seguía en éxtasis con el día de spa y realmente me preocupaba que estos 15 minutos le hubiesen arruinado “el paraíso”. Pero no la vi. Sentí un poco de angustia. Como que el corazón se me paralizaba. “Calma, seguro pasó a la secadora antes. Ya la vas a ver cuando te pasen a ti”, mi voz lógica cayó el pálpito. Pff... Si tan solo hubiese obedecido a mi instinto. Soy un completo cretino. Mi masculinidad tóxica me cegó y no pude entender que mis sentimientos eran válidos, porque ella ya no

estaba. Quien le daba sentido a mi existencia estaba ausente.

Otros 30 minutos más en ese spa del averno. Esta vez en la secadora: el sauna. Literalmente había bajado al submundo, porque ese calor demencial me corroía las entrañas. "¿Por qué esa temperatura? Cuando nos lavan a mano, el sol y la brisa nos secan. ¡Qué necesidad hay de exponernos a esta tortura! ¿No tienen una temperatura más amable con nuestras fibras? El infierno", me dije. El resto de mis compañeras de turno, no se veían molestas por este infortunio. ¡Claro! Olvidaba que estas parejas son medias de lavadora, medias "modernas." Ahí estaban las de deditos y por el otro lado estaban esas que dicen ser pareja, pero su diseño dice lo contrario. Me sentí asqueado por mezclarme con esa clase de seres.

Terminó mi tiempo en el sauna. Al caer al cesto, tampoco la encontré. El pálpito se convertía en infarto. La angustia me apretaba el pecho, lo estrangulaba. "¡No puede ser! ¿Dónde está mi media naranja?", recuerdo que exclamé. Lo dije muy alto, al parecer, porque el resto de los clientes del spa me vieron molestos. Les había quebrado la relajación (como si la hubiésemos tenido realmente, ¡idiotas!). No me importaba. En ese momento, la voz de la templanza no surtió efecto. Es que ni siquiera apareció. Capaz fue ahogada por el resto de mis voces catastróficas: "está muerta", "la raptaron", "la despedazaron en miles de tiras", "no la volverás a ver". Eso era lo que sonaba dentro de mí.

Corrí hacia la lavadora, intenté asomarme, pero ya no se podía ver nada. Había otra tanda de inocentes prendas de vestir. Me golpeé la cabeza con las manos. Creo que intentaba despejar la mente de tanta impotencia. No sabía qué hacer. A las medias no nos enseñan cómo proceder en caso de perder a tu pareja.

Con la respiración agitada llegué al lobby del spa y pregunté a los gerentes si mi media naranja se pudo quedar atascada en la zona de carga, en la goma o incluso pegada al tambor de la lavadora. ¡Me ignoraron!, ¿puedes creerlo? Me ignoraron los malditos. Como si una vez terminada la sesión yo no existiera para ellos.

Detrás de mí, una pantimedia me dijo que al llenar la planilla de ingreso los clientes absolvían de responsabilidad penal a la gerencia en caso de pérdidas. ¡Yo no sabía eso! Y lo peor, el tono con el que lo dijeron me arañó el orgullo. Sus palabras ya me etiquetaban: "ignorante que no lee las letras pequeñas" "¿Es qué ellos no saben acaso que el amor es ciego?", pensé mientras me marchaba de ahí hacia el área del sauna, con una ira que dominaba cada una de mis hebras. "¿Por qué te dejé llenar esos papeles sola, vida mía? ¿Por qué tuve que acceder a esta

locura?" repetía en mi mente. En ese momento, más que nunca, atesoré nuestra rutina.

Antes de poder preguntarle a otras medias si la habrían visto, me capturaron. Inmovilizado, incapaz de controlar mi destino, fui llevado a casa. Esa noche, la primera sin mi alma gemela, caí en la niebla más densa e infinita. Mi lógica no tenía razón. No estaba enrollada conmigo. No sentía su calor, su respiración, sus suspiros nocturnos. El amor de mi vida estaba desaparecido.

Cada pregunta me hundía. Cada pregunta me hacía sentir más muerto. Puñados de tierra sobre mi tumba: ¿dónde estarás media hermosa?, ¿quién te tiene?, ¿estarás despachurrada entre los engranajes de esa máquina?, ¿te habrán desollado viva al quedarte atrapada en el sauna?, ¿qué será de mí sin ti?

Esa última pregunta me regresó a la fase de centrifugado. Me enfrentaba al temor más grande de mi vida: la soledad. Nunca lo había estado o no lo recordaba. Y si no lo recordaba, pero sí lo había vivido, seguro el episodio fue tan traumático que mi cerebro prefirió borrarlo para evitarme un bloqueo en mi desarrollo como media. No tenía esperanza. Me sentía en la ruina.

"Una media sin su par pierde su propósito, hijo", escuché en clave de eco, con una tonalidad muy parecida a la de mi madre. Es que realmente era así, lo sentía así. Nadie quiere cubrirse un solo pie. Tampoco era rojo con verde o rojo con blanco para ser usada como media de Navidad. ¿Seré el nuevo trapo? El limpia vidrios. ¡Qué humillante! Pasar de ser una especie que en algún momento fue símbolo de pureza y riqueza a ser ahora el burdo trapo de quitar el polvo. Ja, miren al que tiene ancestros griegos y egipcios, embetunado, lustrando un zapato. No sé cómo pude crearme tan especial como para olvidar que la felicidad se te puede perder en una lavadora.

Llegó la mañana siguiente y también la siguiente. Pasaron los días. Lo que temía ocurrió. Mi cliente me olvidó. Pero en ese momento no representaba un problema. Más bien me dejaba tiempo para buscarla. Recuerdo que me escabullí de casa, aunque el resto de los vecinos me gritaba que no lo hiciera, que era peligroso, que me podía pasar algo. "Señores, algo me pasó ya. ¿No entienden?" les decía frustrado ante su incompreensión.

¿Que si la busqué? ¡Claro que la busqué! Fui al spa de mierda otra vez, no la vi. Tampoco nadie la había visto. Recorrí los laterales de ese establecimiento y nada. Pregunté en la tienda donde guardan los productos de limpieza, nada. También acudí a la ventana a donde

solíamos ir para secarnos, después de nuestra lavada a manos. Nada. Estuve debajo de las camas, debajo de los sofás, debajo de las mesas. Nada. Se me ocurrió ver en vecindarios de la ropa íntima y de las pijamas, a ver si allí estaba traspapelada. Nada. "¡El zapatero! Allí, allí sí estaría", pensé al cuarto día de su ausencia; pero la esperanza ciega recibió otro golpe.

Poco a poco, apareció la resignación y con ella el odio. Sí, odio. Esta vez no conmigo mismo por haberla perdido, por no haberla cuidado, por no haberla protegido. La ira se volcó hacia ella, a quien ahora podía ver como la hiladora de mi desgracia. Así, salté la línea delgada que separa al amor del rencor: "Mi vida, mi media naranja, ¿estarás en ese mitológico universo de medias? Si estás allí, ¿huiste? ¿Habrías usado la excusa del spa para abandonarme? ¿No eras feliz conmigo? ¿Por qué no me lo dijiste? Pude haber ajustado lo que fuese para ti. ¿Es que no sabías que respiraba por ti? Te fue más fácil fingir que necesitábamos terapia de pareja en ese spa para convivir juntos, que hablarme de tus incomodidades. Preferiste mentir, decirme que era para los dos, cuando la única beneficiada fuiste tú. Ahora que repaso cada segundo de ese asqueroso día, acabo de notar tu sonrisa. Era de placer. ¿Acaso te daba placer separarte de mí? ¡Estoy en el infierno y me enviaste tú!"

A las semanas de perder a tu media naranja, la riña entre la culpa, el



odio y la idealización (ahora entiendo que eso era, y no amor) se calmó. El rin quedó vacío, lo que dio espacio a la reflexión. Por eso te estoy contando mi historia. Esta sí es una modalidad de terapia que se ajusta a mí, porque me permite hilar mis creencias sobre el emparejamiento, mi crianza sobre el destino de las medias y las oportunidades del momento presente.

Hablar, lo que nos niegan culturalmente a los masculinos, es un proceso para sanar al que ahora sé que se me es permitido entrar. Mi contacto con el mundo no tiene que limitarse a mi "alma gemela", ya lo aprendí. En mi vecindario pude notar que hay muchas medias sin pareja. Cada una con una historia de duelo distinta. Abrirme a conectar con otros me ayudó a ver que la soledad no es una catástrofe y comprendí que la pérdida es ganancia. Me gano a mí mismo.

¿Qué quién soy ahora? Soy un individuo que no sabrá si existe la dimensión de las medias desparejadas; pero que tiene certeza de poder controlar su destino. Soy una media que se convirtió en funda

de celular; porque ahora, esa es una nueva necesidad que puedo satisfacer y que le da sentido a mi vida. Y vendrán otras, estoy seguro. Y yo estaré listo para ser flexible al entorno y a mí mismo.

Sí, la duda de dónde está mi media naranja resuena aún. No lo negaré, porque reconocer tus heridas ayuda a entender cómo tratarlas. Pero en esa pregunta ya no hay adjetivo posesivo; sino un artículo determinado. Pude cambiar el "mi" por el "la" y transformar la angustia en curiosidad: dónde estará la media naranja... la que fue algún día mi par.

